

Bacarisse y sus recuerdos literarios

(Publicado en *La Voz de Cantabria* el día 19 de enero de 1929).

El banquete a José Montero Alonso por su resonante triunfo en el concurso para el premio nacional de Literatura, ha revestido los caracteres de un estreno de «Hernani». Con igual pasión e igual estrépito, chocaron en ocasión de este acto los nuevos y los viejos. En 1830 eran en París los académicos y la turbulenta juventud romántica. En este banquete de 1929 al simpático Monterito, los nuevos y los viejos chocaban también. Solo que ahora los románticos eran los viejos, los fríos, los fosilizados, los calculadores, eran los pollos que presumen pomposamente de vanguardia. Una vanguardia feble, incapaz de actuar nunca como fuerza de choque.

Los jóvenes de 1830, enfurecidos y delirantes por el verbo de Victor Hugo, se llamaban Balzac, Berlioz, Thierry, Luis Venillot, Theófilo Gautier, Saint Beuve, Alejandro Dumas, Alfredo de Vigny, Musset...

Hubo la misma efervescencia en un acto que en otro. En París, los jóvenes que se dirigían al viejo Scribe, que arrostraba la tormenta desde un palco:

- ¡C'est Scribe!
- ¡Canaille! ¡Je vais le descendre!
- ¡Silence aux perruques!
- ¡Vieillard stupide!

En el banquete a Montero fueron los viejos—los viejos son los románticos de ahora— los que apostrofaron a los jóvenes caducos de la vanguardia. Los papeles se han invertido en los cien años que aproximada-

mente van transcurridos desde 1830 a 1929. A Ramón Gómez de la Serna le gritaron García Sanchiz, Alberto Insúa y la mayoría de los asistentes al acto:

- ¡Afuera la vanguardia!
- ¡Antes que ser literatos hay que ser hombres!
- ¡Viva la mujer!

La segunda batalla de «Hernani» la ganaron también los románticos, que en esta ocasión eran un puñado de cuarentones, que tenían por caudillo a un mozo: a Pepe Montero, con sus veinticuatro años floridos.

Estamos hablando de estas cosas con Mauricio Bacarisse, que ha venido a vernos. Bacarisse, uno de los hombres más destacados de la briosa falange post-rubéniana, asistió al nacimiento del «Ultra» y le ayudó en cierto modo a nacer. Le interesó la novedad, sin convencerle. Ahora, al cabo de nueve o diez años de aquello, y dedicado a empresas mercantiles, aunque sin abandonar la literatura, le gusta evocar la lejanía turbulenta y triunfante y comparar a los jóvenes de su generación con estos jóvenes de la «Gaceta Literaria» y de las rechiflas del banquete a Montero.

— ¿De qué quinta poética es usted, Bacarisse? — le preguntamos.

— De la de 1914, es decir, de aquella en que formaron conmigo Luis Fernández Ardavín, Camino Nessí, Joaquinito Dicenta, Juan José Llovet y Rey Soto, por no citar más nombres.

— ¿Eran ustedes?

— Rubenianos todos. El astro magnífico de la «Marcha triunfal» y de los «Motivos del lobo», se ponía entre resplandores de púrpura, incendiando el Parnaso. Todos estábamos borrachos de su luz.

Nos refiere a grandes rasgos su vida. Aunque su apellido es francés, nació en Madrid en el año 1895. Tiene, por lo tanto, treinta y cuatro años. Estudió en la corte el Bachillerato y la carrera de Filosofía y Letras. Siempre tuvo aficiones literarias, atrayéndole la poesía principalmente. Pero absorbido por sus estudios, hasta los diecinueve años no publicó nada. Sus primeras

poesías datan del año 1912. Colaboró entonces en «El Liberal», que, dirigido por Vicenti, empezó a presentar a los nuevos poetas. Hacia el año 1916, colabora también en la famosa revista «España» y en «Los Lunes del Imparcial». Su primer libro, «El esfuerzo», aparece en el año 1916. Es «El Esfuerzo» un libro revelación, que sitúa a su joven autor en la primera línea de los poetas de su tiempo. El Ateneo, entonces en uno de sus períodos más brillantes, le representa una traducción de un diálogo de Platón. Lo interpretan el actor Ruiz Tatay y el escritor Tomasito Borrás. Bacaris se en aquellos días se dedica preferentemente a traducciones y a estudios de estética. En el año 1922 traduce en verso a Mallarmé y Rimbaud.

También publica «Ensayos» y fragmentos de una novela. Por entonces surge el movimiento ultraísta, y se celebra el accidentado mítin de Parisiana, que Bacaris preside.

—¿Cómo fué eso?

—Por la curiosidad que me inspiraba todo movimiento de renovación. Al ultraísmo se incorporaron, por las mismas razones, poetas rubenianos como Rafael Lasso de la Vega y González Olmedilla, que luego abandonaron sus filas. Igual ocurrió a Ernesto López Parra. Entre los nuevos que hacían por primera vez sus armas, figuraban dos santanderinos, Gerardo Diego y el malogrado Pepe Ciria. Enfrente se pusieron Joaquinito Dicenta, Juan José Llovet, Javier Bóveda y Miguelito Moya, acaudillados por el vozarrón imponente de don Julio Cejador. El mítin fué tempestuoso y pintoresco. Entre el público «de buena fe» fiduraban tangistas y croupiers, que era la fauna de Parisiana en aquellos tiempos. No entendían lo que se discutía, pero se divertieron mucho. El acto tuvo un acentuado sabor «montmartresco».

—En serio, Bacaris, ¿su opinión sobre el ultraísmo y la vanguardia?

Bacaris alumbra con su risa un poco irónica la pantalla de los cristales de sus lentes:

—El ultraísmo y la vanguardia —nos dice— vinieron a España en 1918 y los trajo Vicente Huidobro, el gran poeta americano que tenía positivo talento. En rea-

lidad, el ultraísmo era la poesía de Apollinaire, tratada con métodos nuevos. Guillermo Torres, definidor e historiador del nuevo dogma, le dá los nombres con que es conocido. El movimiento es arrrollador y los últimos restos rubenianos quedan sumergidos. El momento de influencia máxima de esta escuela es el año 1923. Luego desaparece, o mejor dicho, evoluciona. Al ultraísmo caótico que produce cosas como aquella de Guillermo Torres:

Aviones huelguistas
triscan en las praderas equinocciales.»

sucede la vanguardia más organizada, que adquiere forma en «La Revista de Occidente», creada en el año 1927. La poesía de imágenes no es el Ultra amorfó; encuentra en la métrica clásica un vaso que le sirve a maravilla: el romance. Federico García Lorca ha conseguido en este aspecto realizaciones sorprendentes.

—¿ Tiene usted esperanza en esta escuela?

—Ha producido, desde luego, un gran poeta, Jorge Guillén, cuyo reciente libro, «Cántico», es lo más logrado y lo más perfecto que conozco. Sus décimas están trabajadas como una obra de rara paciencia. Antes de emplear las palabras, las pesa y las mide. Así, cada una, tiene un sentido y un valor. Hasta ahora no se ha hecho nada como eso.

—¿ Y después de Guillén?

—Federico García Lorca, en lo popular. Son dos grandes poetas...

—Sin agotarse el tema, quedamos pensativos en un largo silencio. Evocamos el tiempo que Mauricio Bacarisse vivió con tanta intensidad. Cuando Ardagán, con un brío inicial por pocos igualado, componía su maravilloso «Miserere»; cuando él, Bacarisse, escribía estrofas destinadas a ser flores de antología. Ahora, después de renunciada su cátedra en el Instituto de Mahón y en la excedencia de su carrera, sin dejar de escribir —tiene otro libro en preparación—, recorre España en viajes de negocios. ¡Qué evolución la del pensamiento y la del gusto en estos doce años!

EL OTRO REO

(Publicado en *La Voz de Cantabria* el día 14 de febrero de 1931).

Esa noche dramática de aquel sábado a aquel domingo de diciembre no se borrará nunca de nuestra imaginación. Ya se había sabido el fracaso del intento de Jaca y una angustia planeaba sus alas negras sobre los que nos reuníamos en aquel café de Madrid: las consecuencias de aquel fracaso, que el jefe del Gobierno había dicho a los periodistas, había de ser inexorables.

El café madrileño era la Granja. En él patio del fondo se congregaban muchachos del Ateneo, estudiantes, militares, periodistas y políticos militantes de los partidos de la izquierda. Los únicos ajenos a la pasión que les unía, como forasteros y huéspedes ocasionales de Madrid, eran Paco Cossío, Gerardo Diego y el que escribe estas líneas. Un silencio torvo flotaba en el aire. Se decía que, al amanecer, serían fusilados los capitanes Galán y Luis Salinas.

— ¡La República, traída en bandeja, no me compensa la muerte de este amigo! —decía por Salinas José Díaz Fernández, el autor de «El blocao».

Todos asentían y pensaban silenciosamente: ¡Sí, que que se salve Salinas aunque no venga la República!

Y es que Salinas, había salido de allí, de aquella peña, unas horas antes. Los que le vieron partir con su rostro de niño y su despreocupación elegante y montar en un automóvil, acompañado de otros muchachos estudiantes y ateneístas, no sospechaban que aquella alegre jira iba a tener el final trágico de un Consejo de Guerra sumarísimo y de un piquete de ejecución.

A Salinas le hizo la amistad, en aquellas horas dolorosas, unos funerales patéticos. Se comentaba el trance dramático de su padre, jefe de Estado Mayor de la Capitanía general de Aragón, y obligado a firmar la sentencia. Dios oyó el voto ardiente de la fiel amistad. Salinas fué condenado a una pena inferior a la de muerte. En cambio, murió Galán, que, por compartir su destino, se entregó voluntario cuando, huyendo, pudo salvar la vida. Pero esto se supo mucho después.

El día del domingo amaneció con aquella incertumbre dolorosa:

— ¡Ahora le estarán sacando de la capilla...!

Y esto lo decía, trémulo de duelo, el poeta Mauricio Bacarisse, otro reo de muerte, que estaba también en capilla sin que tuviese de ello más que vagas sospechas.

Cuando aquella noche llegamos a la peña de la Granja, en cuyos divanes estaba aún caliente la huella de los capitanes que iban a ser fusilados en Huesca, el primero que se alzó a recibirnos fué un muchacho pálido y demacrado, de rostro fino y ojos brillantes.

De momento no le conocimos y él tuvo que ayudar a nuestro recuerdo:

— ¡Haga usted memoria! ¡Bacarisse!

¡Pobre amigo nuestro! No era extraño que tardásemos en reconocerle. La terrible dolencia que hacía años le minaba había afinado, estilizándolo, su rostro inteligente. Tenía los ojos más hundidos. Su voz era más débil, tanto, que parecía un leve susurro o un eco de otra voz distante. Era el «otro reo» que debía morir también en plena juventud y con la frente poblada de ideales, como un palomar bien abastecido. Cuando le abrazamos, lo hicimos dramáticamente, como si le abrazásemos frente al piquete encargado de fusilarle.

¡Pobre amigo! ¡Pobre Mauricio Bacarisse! Ya no te volveríamos a ver. Ahora has muerto tú en plena juventud y en pleno triunfo, y, en cambio, el capitán Luis Salinas a quien llorábamos aquella noche, vive, por fortuna.

— ¡Ahora le estarán sacando de la capilla! —decías cuando nos despedíamos de madrugada.

Y al que te estaban sacando era a tí, condenado sin vislumbre de indulto, por un tribunal inexorable que no se apiadaba ni de tus méritos ni de tus marchitas esperanzas.

Y aún tenías valor para decir tus versos.

— ¡Bacarisce! —advirtió un amigo ceñudo—. No es ésta hora de versos, porque van a morir unos hombres...

Uno de los que iban a morir eras tú. Y en aquella madrugada de aquel domingo de Madrid entonabas tu canto de cisne.

* * *

Mauricio Bacarisce murió, en efecto, hace unos días y su muerte ha estado revestida de una coincidencia extraña y dramática. Murió en el mismo punto y hora en que se le concedía el Premio Nacional de Literatura del 1930. Después de haber luchado ardorosamente, derramando como un manirroto el don de su juventud y su inspiración, este muchacho llega a coger el galardón del supremo triunfo. Y entonces, la ironía de su vida y su muerte, le gastó la broma más cruel. El premio lo recibió con sus manos yertas de muerto. Con sus manos marfileñas y largas, semejantes a las de Nuestro Señor en la cruz. Así acabó una corta vida de ardientes ideales y de generoso soñar.

En el Parnaso de Castilla deja Mauricio Bacarisce una huella muy honda. Se dió a conocer en 1919 con un libro de triunfos: «El esfuerzo». Era casi un niño y aquel libro lo dejó consagrado. Pero no necesitamos recordar ahora sus obras y su vida, pues en esta misma sección de «La Voz de Cantabria» está su fino retrato de poeta, con una orla biográfica, con motivo de una visita que el escritor insigne hizo a Santander.

En aquella ocasión escribió Mauricio en el álbum de una niña nuestra unos versos admirables que tienen ahora el valor inapreciable de ser quizá la única flor inédita de su mente lozana.

A esos versos pertenece la siguiente estrofa:

«... Y girarán los años, y la torre
se hará más alta y más hermosa. Piensa,

para que el terco olvido no me borre,
que un día y un sitio de la inmensa
mar de la vida, entre las densas brumas,
iluminaste al nauta pensativo
y a la estela de versos y de espumas,
de mi barco, fantasma y fugitivo...»

¡Aquel amanecer de Madrid, con aquellos reos en capilla, el capitán de artillería Luis Salinas, por fortuna, hoy vivo, y el poeta y catedrático Mauricio Bacarisse, por desgracia, ya muerto!

Y era el condenado sin apelación el que compadecía al que se debía salvar:

— ¡Tan joven! ¡Con su cara de niño!...
Y así murió él pocos días después:
— ¡Tan joven! ¡Con su cara de niño!...

Bacarisse, Mauricio (MADRID, 1895 - 1931).

Poeta y narrador. Estudió Filosofía y Letras en su ciudad natal. Fue catedrático de Filosofía de los Institutos de Mahón, Lugo y Ávila. Recorrió España como inspector de una compañía de seguros. Contertulio de Pombo, figura en el cuadro de José Gutiérrez Solana, y con su semblanza por Ramón Gómez de la Serna en el primer libro de este último sobre el café.

Como poeta se veía a sí mismo «de la generación de Ardavín» —en alusión al post-modernista Luis Fernández Ardavín—; otro de sus primeros amigos literarios fue Francisco Martínez Corbalán. Sus versos más tempranos los encontramos en el volumen colectivo coordinado por Juan González Olmedilla **La ofrenda de España a Rubén Darío** (1916) y en el **Almanaque de la Ilustración** de 1917. Su primer libro de poemas, **El esfuerzo** (Madrid, José Yagües, 1917), con cubierta del modernista Enrique Ochoa, y en el que hay alguna interesante composición suburbial y prosaística, fue elogiado por Díez-Canedo y por Cansinos. Pronto evolucionó hacia la vanguardia, siguiendo un proceso parecido al de Antonio Espina o al de Domenchina, con los que suele asociársele en estudios y antologías. Al igual que el primero, anduvo cerca del ultraísmo, aunque manteniendo siempre su independencia; al igual que al segundo, aunque en su caso póstumamente, se le ha terminado contemplando en la vecindad de la generación del 27. Lo encon-

BACARISSE

tramos sucesivamente en 1920, año en que dedicó un artículo al futurismo en **España**, como organizador de la Velada Ultraísta de Parisiana; en 1921 como presentador de Huidobro en su conferencia del Ateneo de Madrid; en 1923 como promotor de un viaje colectivo a Segovia para visitar a Antonio Machado, entre los participantes en los «Cinco minutos de silencio» en homenaje a Mallarmé del Jardín Botánico madrileño y en una de las dedicatorias de **Hélices** de Guillermo de Torre; en 1927 en el acto gongorino del Ateneo de Sevilla —otro de sus grandes amigos fue Villalón—; en 1930 entre los escritores que contestan a la encuesta vanguardista de **La Gaceta Literaria**. Su obra poética la completan **El paraíso desdeñado** (Madrid, La Lectura, 1928) —con retrato por Gabriel García Maroto— y **Mitos** (Madrid, Mundo Latino, 1929) —dedicado a Valle-Inclán—. Póstumamente apareció una **Antología** (Madrid, Luis de Alberti, 1932) de sus versos, con prólogo de Ramón Gómez de la Serna y cubierta del pintor segoviano Torreagero. Fue además autor de una única novela, **Los terribles amores de Agliberto y Celedonia** (Madrid, Espasa-Calpe, 1931), rechazada en su día por Fernando Vela para la colección «Nova Novorum» de **Revista de Occidente**, que obtuvo el Premio Nacional de Literatura de 1930 y que hoy se nos aparece como una de las más representativas de la prosa del 27; de algunas novelas cortas —la más conocida es **Las tinieblas floridas** (Madrid, La Novela Mundial, 1927), con cubierta e ilustraciones de Escribá—; de varias traducciones —entre ellas una de Verlaine para Mundo Latino—; y de los libretos de los ballets **La maja vestida** (1919) de Remacha, y **Corrida de feria** (1930) de su primo Salvador Bacarisse. Entre los textos suscitados por su muerte, destaquemos, además del mencionado prólogo ramoniano, la página que le dedicó el suplemento literario de **Heraldo de Madrid**, con colaboraciones de José María Alfaro, Huidobro, Eugenio Montes y Samuel Ros, y los artículos de Fernández Almagro en **Revista de Occidente** y Guillermo Díaz-Plaja en **Mirador**. En 1934 Federico de Onís y Souvirón lo incluyeron en sus respectivas antologías, y Gerardo Diego en la segunda edición de la suya. Recientemente han aparecido una breve **Memoria poética (1895-1931)** (Sevilla, Dendrónoma,

1981), prologada por Jorge Urrutia, y sobre todo su **Poesía completa** (Barcelona, Anthropos, 1989), en edición de Roberto Pérez, al que debemos asimismo una monografía titulada **Vida y obra de Mauricio Bacarisse** (Barcelona, Anthropos, 1986).

/ALFAR, COLORES, COSMÓPOLIS, ESPAÑA, LA GACETA LITERARIA, GRACIA, HORIZONTE, LOS LUNES DE EL IMPARCIAL, MARTÍN FIERRO, MEDIODÍA, NUEVA ESPAÑA, PAPEL DE ALELUYAS, PLURAL, REVISTA DEL ATENEO (JEREZ), REVISTA DE OCCIDENTE, TOBOGÁN, ULTRA (MADRID VERSO Y PROSA).



Mauricio Bacarisse por Maroto

Entre los textos suscitados por su muerte, destaquemos, además del mencionado prólogo ramoniano, la página que le dedicó el suplemento literario de **Heraldo de Madrid**, con colaboraciones de José María Alfaro, Huidobro, Eugenio Montes y Samuel Ros, y los artículos de Fernández Almagro en **Revista de Occidente** y Guillermo Díaz-Plaja en **Mirador**. En 1934 Federico de Onís y Souvirón lo incluyeron en sus respectivas antologías, y Gerardo Diego en la segunda edición de la suya. Recientemente han aparecido una breve **Memoria poética (1895-1931)** (Sevilla, Dendrónoma,

Martínez Corbalán, Francisco (CANGAS DE ONÍS, ASTURIAS, 1889-MADRID, 1933). Poeta y periodista post-modernista próximo a Mauricio Bacarisse, al que conoció en Madrid, durante sus años de estudiante. Entre 1902 y 1930 residió en Yecla (Murcia). Frequentó la tertulia de Pombo. Autor de dos poemarios, **Oraciones (Mujeres y otros poemas)** (Madrid, Imp. A. de Sáez Hnos., 1914) y **Caminos...** (Cartagena, Levante, 1920), y de un libro de prosas, **Las violetas del huerto** (Cartagena, Levante, 1922). Figura de transición, dirigió **Sírio** de Almansa, revista en la que tuvo una fuerte presencia el ultraísmo. Encontramos su firma en **Alfar** —donde publicó un poema titulado «Chimeñas de fábrica»—, **Atlántico**, **Bolívar** —donde lo retrató Antonio Merlo—, **España**, **El Estudiante** y **Sudeste**, y en el suplemento de **La Verdad**. Le hizo a Miguel Hernández una entrevista para **Estampa**. Fue amigo de Max Aub. Su hijo fue el crítico literario Pablo Corbalán.

relaciones se agriaron a partir del artículo «La poesía creacionista y la pugna entre sus progenitores» que publicó en **Cosmópolis** –revista de la que era secretario de redacción– en 1920; posteriormente se enzarzaron en una dura polémica en las páginas de **Alfar**; el chileno también publicó el texto de su réplica –«Al fin se descubre mi maestro»– como suplemento de **Creación**. Firmante del manifiesto ultraísta (1919) y participante en la velada del Ateneo de Madrid (1921), fue el principal activista de la tendencia, y el más interesado por las artes plásticas de sus miembros.

En 1920 fue uno de los firmantes del poema automático colectivo enviado por Borges a Tzara, lanzó **Reflector** con Ciria y Escalante, y un texto suyo figuró en el catálogo de la exposición de Barradas en Dalmau. Ese mismo año fue incluido en la lista de los «presidentes Dada» por Tzara, al que al año siguiente envió un original para su nonata revista **Dadaglobe**. Cansinos, en **El movimiento V.P.** (1921), lo caricaturizó como «el poeta más joven». De su actividad internacional nos habla su presencia entre los firmantes de la proclama ultraísta de **Prisma** (Buenos

Aires, 1921) o entre los del manifiesto «Rosa náutica» (Valparaíso, 1922), en algunas revistas europeas importantes –en 1925 figura como miembro de la redacción de **Manomètre**– y en la antología de Yvan Goll **Les Cinq Continents** (1922). Tres son sus publicaciones «exentas» durante aquel período: el **Manifiesto vertical** (1920), aparecido como suplemento del último número de **Grecia**, con ilustraciones de Barradas (entre ellas un retrato) y Norah Borges –ese mismo año había proyectado una revista que se hubiera titulado **Vertical**–; el poemario **Hélices** (Madrid, Mundo Latino, 1923), con cubierta de Barradas, retrato por Vázquez Díaz e ilustraciones de Norah Borges, y una de cuyas secciones se titula, marinettianamente, «Palabras en libertad»; y la suma crítica **Literaturas europeas de vanguardia** (Madrid, Caro Raggio, 1925), que ejerció una enorme influencia en España y en América –«para nosotros, dice Alejo Carpentier, fue una especie de biblia»–, reseñada por Giménez Caballero en **El Sol**, por Jarnés en **Alfar**, por Eugenio Montes en **Revista de Occidente** y por Mariátegui en **Variedades** de Lima. Recordemos además sus

Torre, Guillermo de (MADRID, 1900 - BUENOS AIRES, 1971). Poeta y crítico literario, fue una de las figuras centrales de la vanguardia española. Inició muy joven su carrera de escritor. Ramón Gómez de la Serna, en su libro **Pombo** (1918), lo consideraba un «muchachito inteligente y delirante». En 1918 conoció a Huidobro y a los Delaunay; con el primero las

traducciones de Verlaine y de **El cibbolete de datos** (1924) de Max Jacob. Estudió inciados, sin llegar a salir, una antología de la poesía francesa de vanguardia, y una monografía titulada **Destrucción y construcción, El arte de Delaunay**, para cuya cubierta el pintor llegó a hacer bocetos. En 1925 su retrato por Bores —que también le hizo otra efígie a línea, aparecida ese año en **Alfar**— estuvo colgado en la Exposición de los Artistas Ibéricos, cuyo manifiesto firmó. Durante los años siguientes vivió la crisis del ultraísmo —el último poema suyo que conocemos es «Balneario», apa-

30

pénico». Desde la capital argentina colaboró activamente en las páginas de la revista **Gaceta Americana**, a cuya encuesta vanguardista de 1930 contestó. **Examen de conciencia. Problemas estéticos de la nueva generación española** (Buenos Aires, Humanidades, 1928) e **Itinerario de la nueva pintura española** (Montevideo, 1931), que aquí circularon poco, son dos textos significativos de su reflexión durante los años siguientes al ultraísmo. Entre 1932 y 1936 Guillermo de Torre y Norah Borges residieron en Madrid. Durante ese período, colaboró en la prensa diaria; firmó el manifiesto de la SAI (1932), formó parte de la redacción de su revista **Arte** y pronunció con motivo de la inauguración de su exposición berlinesa de 1933 una conferencia titulada «Panorama de la nueva pintura española»; escribió junto con Roberto J. Payró una monografía sobre Torres García (1934); coordinó junto con Pérez Ferrero y Salazar y Chappela el **Almanaque Literario 1935**; impulsó la sección madrileña de ADLAN y prologó el catálogo de la muestra de Picasso organizada por esa entidad; y fue uno de los colaboradores peninsulares más destacados de **Gaceta de Arte**. En 1936, a poco de estallar la guerra civil, el matrimonio marchó a París, donde colaboró con la Oficina de Turismo republicana, para posteriormente instalarse definitivamente en Buenos Aires, de donde regresaron en alguna ocasión a España y donde él publicó numerosos ensayos sobre literatura, y se convirtió en uno de los pilares de la Editorial Losada, para la que cuidó la primera edición de obras completas de García Lorca, que en 1925 le había dedicado su poema «La sirena y el carabinero». En sus años de madurez volvió en varias ocasiones sobre su pasado ultraísta, siendo especialmente destacables sus libros **Historia de las Literaturas de Vanguardia** (Madrid, Guadarrama, 1965) y **Ultraísmo, Existencialismo y Objetivismo en Literatura** (Madrid, Guadarrama, 1968). Entre las necrológicas que se le dedicaron mencionemos la de Gerardo Diego en **Arriba**. La única monografía sobre su obra, la de Emilia de Zuleta (Buenos Aires, Ministerio de Educación y Justicia, 1962), es muy deficiente en lo que se refiere a sus años españoles. Merece consultarse también el capítulo «El Bibliólogo del Vanguardismo (G. de Torre)» en **Retratos españoles (Bastante parecidos)** (Barcelona, Planeta, 1985) de su antiguo compañero de aventuras Giménez Caballero. Como ejemplo de incomprendimiento crítico hacia su figura citaremos el prólogo de Juan Bonilla —«Guillermo de Torre: un personaje»— a la reedición (Madrid, Júcar,

GUILLERMO DE TORRE

LITERATURAS EUROPEAS DE VANGUARDIA



CARO RAGGIO
MADRID 1925

PRENTES DE ESPAÑA

recido en 1926 en las páginas de **El Estudiante**—, acercándose a nombres nuevos, entre ellos César Vallejo, al que trató en París, en 1926, al igual que a Juan Gris, con el que llevaba un tiempo manteniendo correspondencia. En 1927, tras fundar con Giménez Caballero **La Gaceta Literaria** —en cuyas páginas lo retrató Gregorio Prieto—, marchó a Buenos Aires, donde al año siguiente se casó con Norah Borges, que a lo largo de los años precedentes le había hecho varios retratos, el más significativo de los cuales es un óleo, de 1924, en el que aparece sosteniendo en las manos un libro con la inscripción «Picasso». Gerardo Diego los caricaturizó a él y al director de la revista en una de sus «jinojepas» de **Lola**, en la que lo llama «Guillaume de Tour» y lo califica de «príncipe del esdrújulo archi-